

# Escrituras de propiedad

**M**e ha gustado mucho *Las correspondencias*, de Pedro G. Romero. Se trata de un conjunto de cartas que, más que contar una historia, aluden a ella. Es decir: reclaman un lector cómplice (que acabe la novela por su cuenta).

La (para mí) primera novela moderna, el *Lazarillo*, también es una carta, pero en este caso se trata de una respuesta. Hoy en cambio predominan las narraciones que esperan respuesta (del lector), entre la complicidad y el tú-ya-me-entendes: no digo más. Un ejemplo: Pedro G. Romero señala que la palabra billete también significa misiva corta. Cierto, ¿y qué? ¿A dónde nos lleva eso? ¿A que autor y lector se den codazos? Igual podía decir que el «sugere» Ezra Pound tiene un apellido que significa libra esterlina: no digo más.

A mí los sobreentendidos me irritan, pero es que nunca le he visto la gracia al arte conceptual. Yo no quiero la idea de una pintura, quiero ver un cuadro. A mí no me vale una novela por alusiones: la prefiero escrita de cabo a rabo. Claro que el propio autor afirma que no se trata de un relato, sino de una «cosa». Y además con «funcionamientos».

**MORIR BAILANDO.** Ya cuando Zola iba por ahí con su novela «experimental», don Juan Valera se partía de risa y preguntaba: «El experimento, ¿dónde demonios está? ¿Pues qué, el novelista experimental toma, por ejemplo, a una muchacha, la cría de esta o de aquella manera, y ve que sale luego una meretriz desahogada? ¿Se apodera de un hombre, le derriba de un tejado para que se rompa una pierna, le hace luego beber unas copas, y así, paso a paso me le lleva, como quien no quiere la cosa, a morir bailando el más espantoso baile que se puede bailar? Si algo de esto hiciese Zola, podría llamarse experimental su novela, o sea el libro en que contase su experimento; pero como nada de esto hace, gracias a Dios, su novela es tan fingida como la de otro cualquier novelista».

Por una vez, suscribo lo que dice Valera. El libro de Pedro G. Romero es excelente, pero me pregunto por qué habrá elegido sabotear su propia narración para convertirla en «cosa».

Afirma utilizar la «sugerencia de Ezra Pound: todas las cartas hablan a la vez de amor y de dinero». Que Eliot me perdone, pero me parece que Pound se equivoca (o incurre en metonimia). En mi sentir, tanto el amor como el dinero hablan de una misma cosa: la propiedad.

Hace tiempo que sabemos que la escritura se inventó para garantizar la propiedad. Los primeros escritos no son más que escrituras de

propiedad (en arcilla): inventarios de bienes, deudas, compraventas. Esta tierra es mía, le presté a Fulano tantas monedas, esto me pertenece y pagué tanto por ello: esos son nuestros primeros poemas (los de amor y sobre otras formas de propiedad vinieron más tarde). El tercer libro del *Código Civil*, «De los diferentes modos de adquirir la propiedad», ni siquiera menciona el más obvio: ponerla por escrito. *Scripta manent*: como piedras, las palabras deslindan la propiedad y la protegen. La variedad de lo susceptible de apropiación ha creado

distintos géneros literarios: la propiedad de la tierra (escrituras). De las ideas (patentes). Del trabajo de otros (contratos laborales). De los sentimientos (poesía lírica, novela, Registro Civil). De la Historia al cabo, pues es la escritura la que señala el fin de la Prehistoria (esa *res nullius*) y el inicio de una Historia con propietario reconocido.

**FE CONSOLADORA.** Recuerdo el famoso comienzo de *David Copperfield*: escribo para saber si he sido yo el protagonista de mi vida. De no ser así: ¿quién es el propietario? Quizá

buena parte de la literatura moderna no sea más que un Registro de la Propiedad: da fe (consoladora) de que cada vida pertenece a su titular, a ese yo inalienable y singular, al parecer, tan valioso.

Quizá sea posible también una escritura que sabotee su propia naturaleza, impugnando la propiedad y el yo, y si no me equivoco, ese sabotaje es lo que lleva a cabo el libro de Pedro G. Romero. Y en ese sentido, acierta plenamente. Yo habría preferido una novela, pero, como «cosa», «funciona» como un reloj: no digo más. ■



**POLOS OPUESTOS.** ARRIBA, DE IZQUIERDA A DERECHA, JUAN VALERA Y ÉMILE ZOLA. JUNTO A ESTAS LÍNEAS, PEDRO G. ROMERO, AUTOR DE «LAS CORRESPONDENCIAS» (PERIFÉRICA)